

El mal social

El desorden y la injusticia predominan desgraciadamente en estos tiempos en que se desliza la Humanidad.

Es indiscutible que existan patricios y plebeyos, según se observa en la historia de los tiempos; mas para obtener una normalidad de clases es necesario que aquellos correspondan prudentemente al trabajo prestado por todos los desheredados de la fortuna que tienen hambre y yacen postergados en el abandono y en la miseria...

Por suerte, en España, no han arraigado ciertas creencias, semilleros de la desgracia y el infortunio. Varias veces han intentado dar el asalto para apoderarse del obrero y fascinarlo con halagüeñas promesas; pero el trabajador español se opone directamente a tales doctrinas o permanece indiferente a cuanto le rodea. Mas no por eso debe continuar insensible en medio de las vicisitudes de la vida, porque, así como esa apatía le libró de un triste desenlace, también puede conducirle a un estado tan calamitoso como el primero...

Una vez fracasados los partidos políticos revolucionarios, urge que el obrero abra sus ojos a la luz, que se instruya, y de este modo, si llegara el enemigo a travar nuevas acechanzas, que se encuentre en un estado de cultura suficiente para defenderse.

La causa de la indiferencia es la ignorancia. Primeramente se debiera evitar que el obrero deje de frecuentar la taberna donde se envilece y se encanana, que se convenza de la necesidad del trabajo, y conozca sus deberes...

Se impone el rasgar ese velo que nos priva de la visión de la verdad y no dejarse dominar por más tiempo de esa irónica desidia. Es preciso levantarse de este estado de postración en que nos encontramos. Entre los escombros de una sociedad, que se derrumba, levantemos los cimientos de una nueva empresa; un solo operario nada conseguiría; una masa formidable de hombres honrados llevarán a cabo lo que se propusieren contra los ataques de todos los sectarios... pronto se desvanecerán sus acechanzas como cesara la tempestad a impulso del huracán y dejara ver en las celestes alturas de lo infinito el sol vivificador y esplendoroso de un día de paz y de justicia.

Y por otra parte, lástima da ver esos focos del vicio inundados por jóvenes aún imberbes; jóvenes que han perdido las creencias y se mofan con irónica sonrisa de las sagradas tradiciones; jóvenes que han perdido el amor y el respeto a sus padres... ¡Preguntadles por el amor a la Patria y os responderán, acaso, con una risotada de sarcasmo! Viven sin ideales, desconocen el bien, y por eso se lanzan en brazos de la pasión que les domina, ya sin fé y sin Dios, obsesionados su mente por un materialismo desastroso y la más precoz incredulidad que, como dijo Bossuet, llega a conducirlos hasta los límites del crimen y del suicidio...

¡Es que desconocen la existencia de una Patria que exige un falange de hombres nobles y vigorosos, y de una religión que puede cobijar a todos los necesitados y poderosos, pues, ella es el único medio de reconciliar a estos dos grandes enemigos!...

El gran problema social quedará resuelto si existiera cultura que imprima el honor al vi-

cio y la inclinación al trabajo que incluye la honradez.

La vida no nos ofrece otra cosa que una farsa mordaz y continua; en la mayoría de los hombres no reina otra cosa que el interés y la hipocresía.

La vida es bella para los que vinieron al mundo rodeados de comodidades y deleites, pero no para los llamados hijos del infortunio que viven atenuados por el hambre y caminan por el mundo recogiendo todos los dolores.

Pero... aún no es todo perdido si somos capaces de sentir el amor en nuestro pecho...; por el amor veréis os descender al magnate a la cabaña del menestero; por el amor no existen jerarquías ni dignidades sociales que nos impidan comunicarnos con nuestros semejantes...; por el amor Dios nos hizo hermanos y vino al mundo para redimirnos...; por el amor desaparecieron esos fatales encumbramientos y estrepitantes sociales, el odio insaciable del oprimido y la red de venganza de los que padecen persecución inmerecida...

¡Qué sublime fué la doctrina de aquel Maestro que señaló el único y verdadero camino de redención humana!... ¡El amor y sólo el amor!!

José María G. de la Torre.

Noche de Reyes

Grotescamente pasan caravanas de beodos, que se dirigen a sus casas. La mayoría habitan en cuevas, donde les esperan mujeres de rostros famélicos y chiquillos astrosos...

Enfurecidos, golpean a sus mujeres que deslian en silencio la amargura de sus vidas. Son dignos descendientes de la antigua morería reinante. Para ellos, la mujer es una cosa; nunca, la compañera que ante el altar, les otorgó un sacerdote, por voluntad de Dios.

En su frente, los azahares ya marchitos, trocáronse en corona de agudas espinas. La clase obrera, en estas tierras meridionales, es por regla general, muy negligente.

Los hombres, alcoholizados, no tienen la sangre activa, y parecen inertes para todo lo bueno; sólo sienten sed de beber, hasta deshacerse sin sentir, las entrañas abrasadas. Derrochan lo poco que ganan, en tabernas y lugares de perdición degradantes, y las pobres mujeres, analfabetas las más, se ven precisadas a empeñar hasta lo más necesario para atender a preteritorias necesidades.

Los hijos, pálidos y demacrados por la anemia, no piden más que pan; mejor dicho, en esta noche piden algo más... piden que los Reyes Magos se acuerden de ellos; y las madres sollozantes, les dice muy quedo:

—Los Reyes no quieren a los niños pobres.

Los angelitos se quejan pensativos y quizá en sus pupilas oscilara una lágrima que bien pudiera ser de horror a la miseria.

La suerte de estos niños es mucho peor que la que les cabe a los expositos. Estos, tienen Reyes, y debido a las almas piadosas, pueden guardar su ilusión sin extinguir; no tienen padres pero los ricos se apiadán de ellos; en cambio de los otros, como los tienen, nadie se acuerda y es su orfandad mucho más dolorosa que si sus progenitores durmieran por siempre en el reino de las almas...

Los niños pobres se duermen al fin, sobre el regazo materno; quizá en su inocencia soñarán que la regia cabalgata con trajes recargados de pedrería, pasan por su mismo albergue, de lámparas una ofrenda; y quién sabe si al día siguiente florarán su decepción ante la triste realidad...

En tanto, los culpables, duermen pesadamente su embriaguez sobre un camastro...

Carmela REYES.

ALIENTOS

Me han pedido que escriba algunas líneas para el primer número de este semanario, sus fundadores y organizadores, unos muchachos casi imberbes.

Viéndolos y oyendo de sus labios la exposición de sus ilusiones y proyectos, acordábase yo de aquel precepto de Horacio en su epístola a los Pisones: «sumite materiam vestris, qui scribitis, equam viribus»; pero a la vez, si está contrastado por la realidad que en todos los aspectos de la actividad humana «Audaces fortuna iuvat», mucho más debe esto suceder en estas nobles audacias empleadas en las honrosas lides de la inteligencia y el corazón.

Y aquí tenéis ya señalados polos de vuestras orientaciones: la educación de la inteligencia y el corazón; pero bajo la dirección de la fé, que si es humana, es vínculo indispensable de toda sociedad; acicate de todas las energías; destructora de enfermizos pesimismo. Y si es divina, es, por lo mismo, criterio supremo de verdad; foco inextinguible de belleza; forma perfectísima de arte; y sobre todo, guía inequívoca para que el hombre pueda conseguir su último destino.

Estamos asistiendo a las agonías de un período de descreimiento y desilusión, que produjo una juventud enteca, sin pulso, sin ideales. Hoy por fortuna, se inicia en el mundo otro período eminentemente constructivo, de reedificación de busca de las raíces y aprovechamiento de la savia de la propia personalidad, de afianzamiento de todos los resortes fundamentales; y ciego estará quien no vea cómo se señala y destaca con trazos vigorosos el esfuerzo generoso de la juventud, que ocupa los primeros puestos en esta cruzada por la espiritualización de una sociedad prosaica y materialista.

¿Venís a la vida pública con estos ideales? Pues entonces, ¡a luchar y a triunfar!

FRANCISCO DE HARO.

Almería.



Un atraco

Hace pocos días, mi buen amigo Paco Velarde paróme en la calle y con la amabilidad suya característica, me exigió le diera unas cuartillas para el primer número de «Andalucía Oriental», cuyo periódico se había encargado de dirigir. Un atraco fué para mí esta petición, pues que tras hacer mucho tiempo no he estado en la escuela y habérseme por tanto olvidado el coger la pluma, lo peor de todo era que sólo memoriales y cartas para novias de soldados fué lo que más ejercité yo siempre. Así tuve necesidad de decirsele a mi simpático e inoportuno amigo, pero él, recordando haber leído en alguna ocasión algo con mi firma, insistió e insistió tanto, que le ofrecí hacerle unas cuartillas, y a partir de este instante comencé a pensar qué iba yo a escribir, si en realidad era un error sufrido por el director de «Andalucía Oriental», exigiéndome cosa para mí tan difícil.

Colocado en trance tan apurado, y recordando cierto coloquio amoroso, salí de mi compromiso...

¡Ay qué gloria! Entre el inmenso repertorio de las frases del género carsi, figuran en primera fila esas tres palabras, que

encierran todo un poema de pasión y de ternura. La otra mañana, a tiempo que yo cruzaba una callejuela, cierto joven pingoso, con blusa y sin montera, dirigía esas frases a una gordiflona sirvienta que llevaba una cesta en el brazo y escuchaba inocentona los tiernos floreos de aquel Don Juan ultramarino.

Tan empalagosa frase, despertó mi curiosidad; me fijé en aquel par de tórtolos que abstraídos con su amor, no reparaban en los que pudieran observarles, ni en el tiempo que invertían en su entrevista, causando seguramente la indignación de sus amos. Escuchaban la conversación unas cebollas que imprudentes asomaban la cabeza sin obedecer a los cogitazos que la Menejilda les daba para que se ocultaran bajo la tapa de la repleta cesta.

El Don Juan, con sus coloradas y rechonchas manos, denunciaba la existencia de mortificantes sabañones.

Aquel ¡Ay qué gloria! dicho entre un ambiente de cebollas y perejil, daba a la feliz pareja cierto aspecto poético, dentro de lo vulgar de sus tipos.

Cuantos hubieran escuchado y visto a aquella pareja, habrían prorrumpido en una carcajada ruidosa; y sin embargo ¿quién les dice a ustedes que los corazones de aquellos ordinarios enamorados, no eran capaces de sentir con la misma delicadeza que los de aquellos amantes célebres que eternizaron sus nombres?

Les confieso a ustedes que muchas veces, al recordar el aspecto del que apasionado pronunciaba aquellas palabras, y de aquella a quien se dirigían, envidio la poderosa fuerza imaginativa del enamorado joven de la blusa, que frente a una cara redonda y achatada y oliendo a perejil y cebolla, concibe una gloria que le sonríe entre berzas y coliflores...

Pongan ustedes a aquel muchacho, frente a una belleza ideal y soplándole un poco la musa y... lo que dijo un mozallete, que marchaba junto a mí, en el momento en que a mis oídos llegó aquel apasionado ¡Ay qué gloria!

—¡Qué finístico! ¡Ni el Becquer!

CARLOS FORNOVI.

Almería.



GLOSAS SANITARIAS

Se lee con bastante frecuencia en la prensa de Madrid, los numerosos casos de intoxicaciones por ingestión de leche adulterada. Estos infinitos casos que se suceden diariamente en la vida, tienen su origen en la falta de una severísima y estricta organización sanitaria. ¿Cómo se tiene al personal sanitario relegado a la negligencia por las autoridades civiles que son las que les mandan? ¿Es que no existe un autoritarismo científico-sanitario capaz de imponer sus teorías con severas medidas coercitivas contra los malsanos especuladores de la salud pública? ¿Es por ventura cosa nueva en nuestra España el que se den tan repetidos casos de intoxicaciones?

Sea cual fuere la causa que motiva este punible abandono, si puede afirmarse que hoy se manipula con la salud del público, que desconoce a fondo las cosas de sanidad, con la misma sencillez que un futbolista imprime en el desarrollo de su sport. ¡Cuán distanciados están el pueblo y la sanidad! Sincera-

mente pensando, podría darse el remedio a este dolo sanitario, que tanto affige a la sociedad, con sus comerciantes desaprensivos e intrusos en la salud pública, sancionando severos castigos las autoridades gubernativas a tales entes despreciables, a quienes sólo guía el egoísmo imperdonable de sus apetitos malsanos. ¿No se da el caso un día y otro, de prestar asistencia facultativa en las Casas de Secorro a tantas víctimas del pueblo, que en cambio a su dinero obtiene especies, causantes muchas veces de graves intoxicaciones?...

Humilde profesional, defensor de la salud pública, no debo dejar de exponer mi aserto sanitario por cuanto a los peligros que contra la salud pública se refieren; y a tal causa, al hacer referencia de casos de adulteraciones en los artículos de consumo, que la prensa de Madrid nos relata con harta frecuencia, unas veces por triquinosis o carnes carbunclosas y otras por ingestión de leche adulterada, o en otros órdenes del campo bacteriológico, me mueve el sentimiento del deber cumplido, que es una sanción para la sociedad digna de mejor suerte, por cuanto a su salud atañe, y que tan de cerca venimos obligados sanitarios y autoridades, en velar por el magno problema de la higiene, que va en pró de la ciencia de la salud pública.

José Márquez Rodríguez.

Practicante.



Toda la correspondencia y originales habrán de remitirse al Director, el que en gracia a la espontaneidad de unos y al honor que nos dispensarán otros, conservará siempre a disposición de sus respectivos autores, aquellos trabajos que no se publiquen.

Las travesuras de Hilario

A nuestra redacción se han acercado varios vecinos del pueblo de Zurgena, exponiéndonos las vicisitudes porque vienen atravesando en lo relativo al alumbrado eléctrico de dicho pueblo; gaje que viene disfrutando el celebrísimo hombre de negocios, Hilario Antonio Perales.

Nos aseguran nuestros visitantes, que, el referido concesionario, al objeto de ahorrarse algunas pesetas con la supresión del fluido, deja al pueblo a oscuras cuando le viene en ganas; y como la aflagaza de que se vale, es, el pretexto de la rotura de algún cable, que él mismo manda derribar, de ahí que la gestión de dicho concesionario sea fatal, y ocasione la protesta airada de todo el pueblo.

Otras veces, cuando el amigo Hilario comprende que los vecinos se han dormido, corta, o manda cortar el fluido, y deja a Cristo a oscuras; dándose el caso, de que, en más de una ocasión, hayan tenido que salir algunos socios del Casino, jugando a la gallina ciega, por las diabluras que se le ocurren al celebrísimo Hilario.

En el próximo número continuaremos exponiendo sus «deliciosas» travesuras.



Pensamientos

La mujer es como el hipnotizador: cerca de ella hacemos lo que nos manda, lejos lo que nos parece.

El tiempo es el gran crisol donde se funde nuestra propia vida.

Amor es, a veces, sinónimo de deseo.

La honra de una sola mujer, vale más que la de cien hombres juntos.

LONAY.